

Lo que ha pasado desde hace ciento cincuenta años en el Parlamento de Inglaterra, no ha sido nunca de gran resonancia en lo exterior; las ideas y los sentimientos expresados por los oradores han hallado siempre poca simpatía, aun en los pueblos que se encuentran colocados cerca del gran teatro de la libertad británica, mientras que desde los primeros debates que tuvieron lugar en las pequeñas asambleas coloniales de América en la época de su revolución, la Europa entera se conmovió.

Esto no dependió solamente de circunstancias particulares y fortuitas, sino de causas generales y permanentes.

Yo no encuentro nada más poderoso ni admirable que un buen orador discutiendo grandes asuntos en el seno de una asamblea democrática, pues como no hay allí jamás clase alguna que tenga sus representantes encargados de sostener sus intereses, se habla siempre á la nación entera, y en nombre de toda ella. Esto engrandece el pensamiento y eleva el lenguaje.

Como los precedentes tienen muy poco imperio, y no existen allí privilegios particulares á ciertos bienes, ni derechos inherentes á ciertos cuerpos ó á ciertos hombres, el espíritu está obligado á remontarse á las verdades generales sacadas de la naturaleza humana, para tratar el asunto que le ocupa.

De esto nace en las discusiones políticas de un pueblo democrático, por pequeño que sea, un carácter de generalidad que las hace importantes para el género humano, y todos los hombres se interesan en ellas, porque se trata del hombre, que en todas partes es el mismo.

Todo lo contrario sucede en los pueblos aristocráticos; las cuestiones más generales se discuten siempre con razones particulares sacadas de los usos de una época ó de los derechos de una clase, y esto no interesa sino á la clase de que se habla ó cuando más, al pueblo en cuyo seno se encuentra ésta.

A tal causa, tanto como al poder de la nación francesa, y á las disposiciones favorables de los pueblos que las escuchan, es preciso atribuir el grande efecto que nuestras discusiones políticas producen algunas veces en el mundo.

Nuestros oradores hablan á veces á todos los hombres, aun en el caso mismo de dirigirse sólo á sus conciudadanos.

PARTE SEGUNDA

Influencia de la democracia en los sentimientos de los americanos.

CAPÍTULO PRIMERO

Por qué razón los pueblos democráticos muestran un amor más vehemente y más durable por la igualdad, que por la libertad.

No tengo necesidad de decir que la primera y la más viva pasión que la igualdad de las condiciones hace nacer, es el amor de esta misma igualdad, y no se extrañará que me ocupe de ella antes que de las otras.

Cada cual ha observado que en nuestros días y especialmente en Francia, esta pasión de la igualdad, toma cada vez un lugar más amplio en el corazón humano. Se ha dicho muchas veces que nuestros contemporáneos tenían un amor más ardiente y más tenaz por la igualdad que por la libertad; pero no encuentro que se hayan averiguado bien todavía las causas de este hecho, y por tanto yo trataré de hacerlo.

Imaginemos un punto extremo en que la libertad y la igualdad se toquen y se confundan: yo supongo que todos los ciudadanos concurrirán allí al gobierno, y que cada uno tenga para ello igual derecho. No difiriendo entonces ninguno, de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico: en este caso, pues, los hombres

serán perfectamente libres, porque serán del todo iguales, y serán perfectamente iguales, porque serán del todo libres, siendo este el objeto ideal hacia el cual propenden siempre los pueblos democráticos.

He aquí la forma más completa que puede tomar la igualdad sobre la tierra; pero hay otras muchas que sin ser tan perfectas, no son menos apetecidas por los pueblos.

La igualdad puede establecerse en la sociedad civil y no por eso reinar en el mundo político. Se puede tener el derecho de entregarse á los mismos goces, de entrar en las mismas profesiones, de encontrarse en los mismos lugares; en una palabra, de vivir del mismo modo y de buscar las riquezas por los mismos medios, sin tomar todos la misma parte en los asuntos del gobierno. Aun puede establecerse una especie de igualdad en el mundo político, sin que la libertad política exista; un individuo es igual á todos sus semejantes, exceptuando sólo uno, que es el señor de todos indistintamente, y que elige entre ellos los agentes de su poder.

Sería fácil formar otras muchas hipótesis en que se combinase una igualdad muy grande con instituciones más ó menos libres, y quizá con instituciones que no lo fuesen absolutamente.

Aunque los hombres no pueden llegar á ser del todo iguales sin ser enteramente libres y, por consecuencia, la igualdad, en su último extremo, se confunda con la libertad, hay razón para distinguir la una de la otra.

El gusto que los hombres tienen por la libertad y el que sienten por la igualdad son, en efecto, dos cosas distintas, y me atrevo á añadir que en los pueblos democráticos estas dos cosas son desiguales.

Si se quiere fijar la atención, se verá que en cada siglo se encuentra un hecho singular y dominante de que dependen todos los demás; este hecho da casi siempre origen á un primer pensamiento ó á una pasión principal, que acaba por atraer después hacia ella y por arrastrar en su curso todos los sentimientos y todas las ideas; es como un gran río hacia el cual parece correr cada uno de los pequeños arroyos que le rodean.

La libertad se manifiesta á los hombres en diferentes tiempos y bajo diversas formas, y no se sujeta exclusivamente á un estado social, ni se encuentra sólo en las democracias; no podría ella,

por lo mismo, formar el carácter distintivo de los siglos democráticos.

El hecho particular y dominante que singulariza estos siglos, es la igualdad de las condiciones, y la pasión principal que agita á los hombres en semejantes tiempos es el alma de esta igualdad.

No hay que examinar cuál sea el atractivo singular que encuentran los hombres de los siglos democráticos en vivir iguales, ni las razones particulares que pueden tener para inclinarse con tanta obstinación á la igualdad más bien que á los otros bienes que la sociedad les presenta. La igualdad forma el carácter distintivo de la época en que ellos viven, y esto basta para explicar por qué la prefieren á todo lo demás.

Fuera de esta razón, hay otras que en todos los tiempos conducirán á los hombres á preferir la igualdad á la libertad.

Si un pueblo tratase de destruir, ó solamente de disminuir por sí mismo la igualdad que reina en su seno, no lo conseguiría sino después de largos y penosos esfuerzos, y sería preciso que modificase su estado social, aboliese sus leyes, renovase sus ideas, cambiase sus hábitos y alterase sus costumbres; mientras que para perder la libertad política, basta sólo no retenerla, y ella misma se desvanece.

Los hombres, no solamente aman la igualdad porque les es cara, sino también porque se persuaden que debe durar siempre.

No se encuentran hombres, por limitados y superficiales que se les suponga, que no conozcan que la libertad política puede en su exceso comprometer la tranquilidad, el patrimonio y la vida misma de los particulares; mientras que, al contrario, sólo las gentes perspicaces y advertidas pueden percibir los peligros con que la igualdad amenaza, y éstas evitan ordinariamente el señalarlos, porque saben que los males que temen están muy remotos, y se lisonjean de que no alcanzarán sino á las generaciones venideras, de las que se inquieta muy poco la presente. Los males que la libertad causa son algunas veces inmediatos, visibles para todos, y todos, más ó menos, los conocen; los males que la extrema igualdad puede producir, no se manifiestan sino poco á poco, se insinúan gradualmente en el cuerpo social; no se los ve sino de tiempo en tiempo, y al momento en que ellos se hacen más violentos, el hábito de verlos hace que ya no se les sienta.

Los bienes que procura la libertad no se descubren sino á la larga, y no es siempre fácil averiguar la causa que los produce.

Las ventajas de la igualdad se dejan sentir desde el instante, y continuamente se las ve fluir de su origen.

La libertad política proporciona de tiempo en tiempo, á un cierto número de ciudadanos, placeres sublimes.

La igualdad suministra cada día una multitud de pequeños goces á cada hombre. Sus hechizos se sienten á cada momento y están al alcance de todos; á los corazones más nobles no les son insensibles, y las almas más vulgares hacen de ellas sus delicias. La pasión que la igualdad hace nacer, debe, pues, ser á la vez general y enérgica.

Los hombres no pueden gozar de la libertad política sin comprarla mediante algunos sacrificios, y si la consiguen es con muchos esfuerzos; pero los placeres que la igualdad procura se ofrecen por sí solos; cada uno de los pequeños incidentes de la vida privada parece que los hace nacer, y para gustarlos no se necesita más que vivir.

Los pueblos democráticos quieren la igualdad en todas las épocas; pero hay algunas en que llevan este deseo hasta el extremo de una pasión violenta, lo cual sucede al momento en que la antigua jerarquía social, por largo tiempo amenazada, acaba por destruirse, después de una lucha intestina, en que las barreras que separan á los ciudadanos son al fin derribadas. Los hombres se precipitan entonces sobre la igualdad, como sobre una conquista y se unen á ella como á un bien precioso que se les quisiese arrebatar. La pasión de la igualdad penetra por todas partes en el corazón humano, se extiende en él, y por decirlo así, lo ocupa todo entero; y aunque se diga á los hombres que entregándose tan ciegamente á una pasión exclusiva comprometen sus más caros intereses, no lo escucharán. También será inútil el advertirles que la libertad se les escapa de entre las manos mientras que fijan su vista en otra parte; estarán ciegos y no descubrirán en todo el universo sino un sólo bien digno de envidia.

Todo esto se aplica á las naciones democráticas; lo que sigue no tiene relación más que con nosotros mismos.

En la mayor parte de las naciones modernas, y en particular en todos los pueblos del continente europeo, el gusto y la idea de

la libertad no han empezado á nacer y á desenvolverse sino al momento en que las condiciones empezaban á igualarse, y como consecuencia de esta igualdad misma. Los reyes absolutos son los que más han trabajado por igualar las clases entre sus súbditos. En estos pueblos la igualdad ha precedido á la libertad: la igualdad era, pues, un hecho antiguo, cuando la libertad era todavía una cosa nueva; la una había ya creado opiniones, usos y leyes que le eran propios, mientras que la otra se presentaba sola y por primera vez al mundo. Así, la segunda, apenas existía en los gustos y en las ideas, cuando la primera había ya penetrado en los hábitos, apoderándose de las costumbres y dando un giro particular á las acciones menos importantes de la vida. ¿Será, pues, raro, que los hombres de nuestros días prefieran la una á la otra?

Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados á sí mismos, la buscan, la aman y ven con dolor que se los aleje de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si allí no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirían la pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero no la aristocracia.

Esto es exacto en todos tiempos; pero sobre todo en el nuestro. Los hombres y los poderes que quieren luchar contra esta acción irresistible, serán derribados y destruidos por ella. En nuestros días, la libertad no puede establecerse sin su apoyo, y ni aun el despotismo puede reinar sin ella.

CAPÍTULO II

De individualismo en los países democráticos.

He hecho ver de qué manera en los siglos de igualdad busca cada hombre en sí mismo sus creencias; veamos ahora cómo es que, en los mismos siglos, dirige todos sus sentimientos hacia él solo.

Individualismo es una expresión reciente que una idea nueva ha creado: nuestros padres no conocían sino el egoísmo.

El egoísmo es un amor apasionado y exagerado de sí mismo, que conduce al hombre á no referir nada sino á él solo y á preferirse á todo.

El individualismo es un sentimiento pacífico y reflexionado que predispone á cada ciudadano á separarse de la masa de sus semejantes, á retirarse á un paraje aislado, con su familia y sus amigos; de suerte que después de haberse así creado una pequeña sociedad, á su modo, abandona con gusto la grande.

El egoísmo nace de un ciego instinto; el individualismo procede de un juicio erróneo, más bien que de un sentimiento depravado, y toma su origen en los defectos del espíritu como en los vicios del corazón.

El egoísmo deseca el germen de todas las virtudes; el individualismo no agota, desde luego, sino la fuente de las virtudes públicas; más á la larga ataca y destruye todas las otras y va, en fin, á absorberse en el egoísmo.

El egoísmo es un vicio que existe desde que hay mundo, y pertenece indistintamente á cualquiera forma de sociedad.

El individualismo es de origen democrático, y amenaza des- arrollarse á medida que las condiciones se igualan.

En los pueblos aristocráticos las familias permanecen durante siglos en el mismo estado y frecuentemente en el mismo lugar; esto hacen allí, por decirlo así, todas las generaciones contemporáneas. Un hombre allá, conoce casi siempre á sus abuelos, y los respeta, y cree ya divisar á sus propios nietos, y los ama. Se impone gustoso deberes hacia los unos y los otros, y muchas veces viene á sacrificar sus goces personales á seres que han dejado de existir ó que no existen todavía.

Las instituciones aristocráticas ligan, además, estrechamente cada hombre á muchos de sus conciudadanos.

Siendo las clases muy distintas é inmóviles en el seno de una aristocracia, cada una viene á ser para el que forma parte de ella una especie de pequeña patria, más visible y más amada que la grande.

Como en las sociedades aristocráticas todos los ciudadanos tienen su puesto fijo, unos más elevados que otros, resulta que cada uno de ellos divisa siempre sobre él un hombre cuya protección le es necesaria y más abajo, otro de quien puede reclamar la asistencia.

Los hombres que viven en los siglos aristocráticos se hallan casi siempre ligados á alguna cosa colocada fuera de ellos, y están frecuentemente dispuestos á olvidarse de sí mismos. Es verdad que en estos siglos de aristocracia, la noción general de *mi semejante* es obscura y apenas se piensa en consagrarse á ella por la causa de la humanidad; pero muchas veces se hacen sacrificios por ciertos hombres. En los siglos democráticos sucede al contrario: como los deberes de cada individuo hacia la especie son más evidentes, el aprecio hacia un hombre viene á ser más raro y el vínculo de las afecciones humanas se extiende y se afloja.

En los pueblos democráticos, nuevas familias salen sin cesar de la nada, otras caen en ella á cada instante, y todas las que existen cambian de faz: el hilo de los tiempos se rompe á cada paso y la huella de las generaciones desaparece. Se olvida fácilmente á los que han precedido y no se tiene idea de los que seguirán. Los que están más inmediatos son los únicos que interesan.

Cuando cada clase se acerca y se confunde con las otras, sus miembros se hacen indiferentes y como extraños entre sí.

La aristocracia había hecho de todos los ciudadanos una larga cadena que remontaba del aldeano hasta el rey, la democracia la rompe y pone cada eslabón aparte.

A medida que las condiciones se igualan, se encuentra un mayor número de individuos que no siendo bastante ricos ni poderosos para ejercer una grande influencia en la suerte de sus semejantes, han adquirido, sin embargo, ó han conservado, bastantes luses y bienes para satisfacerse á ellos mismos. No deben nada á nadie; no esperan, por decirlo así, nada de nadie; se habitúan á considerarse siempre aisladamente y se figuran que su destino depende de ellos.

Así la democracia, no solamente hace olvidar á cada hombre á sus abuelos, sino que también le oculta sus descendientes y les separa de sus contemporáneos; ella le conduce sin cesar hacia sí mismo y amenaza encerrarlo entero en la soledad de su propio corazón.

CAPÍTULO III

Por qué es mayor el individualismo al salir de una revolución democrática, que en otra época.

Cuando una sociedad democrática acaba de formarse sobre los restos de una aristocracia, el aislamiento de los hombres y el egoísmo, que es su consecuencia, se hacen principalmente más notables.

Estas sociedades no contienen sólo un gran número de ciudadanos independientes y abundan de ordinario en hombres que, acabados de llegar á la independencia, se embriagan con su nuevo poder, conciben una vana confianza de sus fuerzas, y creyendo que no tendrán necesidad en adelante de implorar el socorro de sus semejantes, no encuentran dificultad en hacer ver que no se ocupan sino de ellos mismos.

Una aristocracia no sucumbe, por lo común, sino después de una larga lucha durante la cual se encienden odios implacables entre las diversas clases de la sociedad. Estas pasiones sobreviven á la victoria y se puede seguir su huella en medio de la confusión democrática que la sucede.

Los ciudadanos que ocupaban el primer puesto en la jerarquía destruída, no pueden olvidar tan pronto su antigua grandeza y se consideran por largo tiempo como extranjeros en el seno de una sociedad nueva. En todos los que esta sociedad hace ser iguales, ven otros tantos opresores, cuyo destino no puede excitar la simpatía, y como han perdido de vista sus antiguos iguales y no se sienten ligados por un interés común á su suerte, se retira cada

uno aparte y se cree reducido á no ocuparse sino de sí mismo. Los que, por el contrario, ocupaban en otro tiempo un lugar inferior y que una revolución repentina les ha acercado al nivel común, no gozan, sino con una especie de inquietud secreta, la independencia recientemente adquirida, y si á su lado encuentran algunos de sus antiguos superiores, echan sobre ellos miradas de triunfo y de temor, y se separan.

Ordinariamente, en el principio de las sociedades democráticas, es cuando los ciudadanos se hallan más dispuestos á aislarse.

La democracia inclina á los hombres á no acercarse á sus semejantes; mas las revoluciones democráticas los disponen á huir unos de otros y perpetúan en el seno de la igualdad los odios que la desigualdad ha hecho nacer.

La gran ventaja de los americanos consiste en haber llegado á la democracia sin sufrir revoluciones democráticas, y haber nacido iguales, en vez de llegar á serlo.

CAPÍTULO IV

De qué manera combaten los americanos el individualismo con instituciones libres.

El despotismo, que por su naturaleza es tímido, ve en el aislamiento de los hombres la garantía más cierta de su propia duración y procura aislarlos por cuantos medios están á su alcance. No hay vicio del corazón humano que le agrade tanto como el egoísmo; un déspota perdona fácilmente á los gobernados que no le amen, con tal que ellos no se amen entre sí; no les exige su asistencia para conducir al Estado, y se contenta con que ellos no aspiren á dirigirlo por sí mismos. Llama espíritus turbulentos é inquietos á los que pretenden unir sus esfuerzos para crear la prosperidad común y, cambiando el sentido natural de las palabras, llama buenos ciudadanos á los que se encierran estrechamente en sí mismos.

Así, los vicios que el despotismo hace nacer son precisamente los que la igualdad favorece. Estas dos cosas se completan y se ayudan de una manera funesta.

La igualdad coloca á los hombres unos al lado de otros sin lazo común que los retenga. El despotismo levanta barreras entre ellos y los separa; aquélla los dispone á no pensar en sus semejantes, y éste hace de la indiferencia una especie de virtud pública.

El despotismo es peligroso en todos tiempos, pero es mucho más temible en los siglos democráticos.

Es fácil observar que en estos mismos siglos, los hombres necesitan más particularmente de la libertad.

Luego que los ciudadanos se ven forzados á ocuparse de los negocios públicos, salen por precisión del seno de sus intereses individuales y se apartan de la consideración de sí mismos.

Desde el momento en que se tratan en común los negocios públicos, cada hombre conoce que no es tan independiente de sus semejantes como antes se le figuraba, y que para obtener su apoyo es indispensable prestarles frecuentemente su asistencia.

Cuando el público gobierna no hay hombre que no reconozca el precio de la benevolencia general y que no trate de cautivarla atrayendo la estimación y el afecto de aquéllos en cuyo seno debe vivir.

Muchas pasiones que entivian los corazones y los dividen, se ven entonces obligadas á retirarse al fondo del alma y á ocultarse en ella. El orgullo se disimula, el desprecio no se atreve á aparecer y el egoísmo se teme á sí propio.

Siendo electivas bajo un gobierno libre, la mayor parte de las funciones públicas, los hombres á quienes la elevación de su alma ó la inquietud de sus deseos ponen estrechamente en la vida privada, sienten cada día más no poder pasarse sin la población que los rodea. Entonces, la ambición les hace pensar en sus semejantes, y aun frecuentemente hay una especie de interés en olvidarse de sí mismo.

Creo que se me pueden oponer todas las intrigas que una elección hace nacer; los medios vergonzosos de que se sirven por lo regular los candidatos y las calumnias que difunden sus enemigos.

Estas son, ciertamente, ocasiones de venganza y de aborrecimiento, tanto más frecuentes cuanto más lo sean las elecciones; pero estos males, aunque grandes, son también pasajeros, mientras que los bienes que nacen con ellos duran siempre.

El deseo de ser elegido puede conducir momentáneamente á ciertos hombres á hacer la guerra; pero él mismo los conduce á todos, con el tiempo, á prestarse un mutuo apoyo, y si acontece que una elección separe accidentalmente á dos amigos, el sistema electoral aproxima de un modo permanente una multitud de ciudadanos que siempre habrían permanecido extraños los unos á los otros. La libertad crea odios particulares, pero el despotismo hace nacer la indiferencia general.

Los americanos han combatido con la libertad el individualismo que la igualdad hacía nacer, y al fin lo han vencido.

Los legisladores americanos no han creído que para curar una enfermedad tan natural y tan funesta al cuerpo social en los tiempos democráticos, bastaba conceder á toda la nación el que se representase por sí misma, y han pensado que, á más de esto, convenía dar una vida política á cada porción del territorio, á fin de multiplicar á los ciudadanos las ocasiones de obrar juntos y de hacerlos sentir diariamente que dependen los unos de los otros. Esto es conducirse con juicio y discreción.

Los negocios generales de un país no ocupan sino á los principales ciudadanos. Éstos no se reúnen sino de tiempo en tiempo, en los mismos lugares; y como frecuentemente sucede que se pierden en seguida de vista, no se establece entre ellos vínculos duraderos.

Pero no es así cuando se trata de arreglar los negocios particulares de un cantón, por los hombres que le habitan: que éstos están de continuo en contacto y, en cierto modo, obligados á conocerse y á agradarse.

Difícilmente se saca un hombre de sí mismo para interesarlo en los destinos de todo el Estado, porque apenas concibe la influencia que este mismo destino puede ejercer en su propia suerte. Pero que se trate de hacer pasar un camino por sus dominios, y al momento verá la relación que hay entre un pequeño negocio público y sus más grandes intereses privados, y lo descubrirá sin que se le muestre el lazo estrecho que une el interés particular al general.

Así, pues, encargando á los ciudadanos de la administración de los pequeños negocios, más bien que entregándoles el gobierno de los grandes, se les interesa en el bien público, y se les hace ver la necesidad que incesantemente tienen los unos de los otros, para producir.

Se puede, por una acción brillante, cautivar de repente el favor de un pueblo; mas, para ganar el amor y el respeto de todo él, es preciso una larga serie de pequeños servicios y de buenos oficios, un constante hábito de benevolencia y una reputación bien sentada de desinterés.

Las libertades locales, que hacen que un gran número de ciu-

dadanos aprecien el afecto de sus vecinos y de sus allegados, dirigen, pues, incesantemente á los hombres los unos hacia los otros y los obligan á ayudarse mutuamente á pesar de los instintos que los separan.

Los más opulentos ciudadanos de los Estados Unidos tienen buen cuidado de no aislarse del pueblo: se acercan á él constantemente, lo escuchan con agrado y le hablan todos los días. Conocen que los ricos de las democracias tienen siempre necesidad de los pobres, y que á éstos se les gana más bien en los tiempos democráticos con los buenos modales que con beneficios. La grandeza misma de los beneficios que hace sobresalir más la diferencia de las condiciones, irrita secretamente á los que se aprovechan de ellos; mientras que la sencillez de las maneras tiene encantos casi irresistibles; su familiaridad atrae, y ni aún su misma rusticidad desagrada siempre.

Esta verdad no penetra desde luego en el espíritu de los ricos. Ordinariamente ellos la resisten mientras dura la revolución democrática, y ni aun la admiten tan pronto después de terminada. Consienten gustosos en hacer el bien al pueblo; pero quieren continuar teniéndolo cuidadosamente á distancia: cree que esto basta y se engañan; pues es seguro que se arruinarían sin conseguir entusiasmar el corazón del pueblo que los rodea, y que no les pide el sacrificio de sus bienes, sino el de su orgullo.

Diráse acaso que en los Estados Unidos no hay imaginación que no se agote inventando medios de aumentar la riqueza y de satisfacer las necesidades del público: los habitantes más ilustrados de cada cantón se sirven incesantemente de sus luces para descubrir nuevos secretos propios, para acrecentar la prosperidad común, y cuando encuentran algunos, se apresuran á ponerlos á disposición de la multitud.

Cuando se examinan de cerca los vicios y debilidades que se descubren frecuentemente en América en los que gobiernan, se asombran algunos de la prosperidad creciente del pueblo, y en esto se equivocan. No es el magistrado elegido el que hace prosperar la democracia americana, sino que ella prospera porque el magistrado es electivo.

Sería injusto creer que el patriotismo de los americanos y el celo que muestra cada uno de ellos por el bienestar de sus con-

ciudadanos, no tienen nada de real. Aunque el interés privado dirija en los Estados Unidos, como en todos los países, la mayor parte de las acciones humanas, no las arregla todas.

He visto frecuentemente americanos que hacían grandes y verdaderos sacrificios por la causa pública, y he notado cien veces que, en caso de necesidad, nunca dejaban de prestarse un fiel apoyo los unos á los otros.

Las instituciones libres que poseen los habitantes de los Estados Unidos, y los derechos políticos de que hacen tanto uso, recuerdan constantemente y de mil maneras á todo ciudadano, que él vive en sociedad. Á cada instante dirigen su espíritu hacia la idea de que el deber y el interés de los hombres es hacerse útiles á sus semejantes, y como no encuentran ningún motivo particular para aborrecerlos, pues que él no es jamás ni su señor ni su esclavo, su corazón se inclina fácilmente del lado de la benevolencia. Se ocupa desde luego del interés general por necesidad, y después por conveniencia; lo que era cálculo se hace instinto, y á fuerza de trabajar por el bien de sus conciudadanos, adquiere al fin el gusto y el hábito de servirlos.

Muchas gentes consideran en Francia la igualdad de las condiciones, como un primer mal; como un segundo, la libertad política. Cuando se ven obligadas á sufrir la una, se esfuerzan á lo menos en escapar de la otra. Por mi parte, pienso que para combatir los males que la igualdad puede producir, no hay sino un remedio eficaz, que es la libertad política.

CAPÍTULO V

Del uso que hacen los americanos de la asociación de la vida civil.

No pretendo hablar de esas asociaciones políticas por cuyo medio tratan los hombres de defenderse contra la acción despótica de una mayoría ó contra las usurpaciones del poder real. En otro lugar me he ocupado ya de esto. Es evidente que si cada ciudadano, á medida que se hace individualmente más débil y, por consecuencia, más incapaz de preservar por sí solo su libertad, no aprendiese á unirse á sus semejantes para defenderlas, la tiranía crecería, por precisión, con la igualdad; no se trata aquí sino de las asociaciones que se forman en la vida civil, y cuyo objeto no tiene nada de político.

Las asociaciones políticas que existen en los Estados Unidos no forman sino una parte del cuadro inmenso que el conjunto de las asociaciones presentan en ese país.

Los americanos de todas edades, de todas condiciones y de todos ingenios, se unen constantemente, y no sólo tienen asociaciones comerciales ó industriales en que todos toman parte, sino otras mil diferentes: religiosas, morales, graves, fútiles, muy generales y pequeñas; los americanos se asocian para dar fiestas, fundar seminarios, establecer posadas, levantar iglesias, distribuir libros, enviar misioneros á los antípodas, y también crean hospitales, prisiones y escuelas. Si se trata, en fin, de sacar á luz una verdad ó de desenvolver un sentimiento con el apoyo de un gran ejemplo, ellos se asocian. Siempre que á la cabeza de una nueva empresa

se vea, por ejemplo, en Francia al Gobierno, y en Inglaterra á un gran señor, en los Estados Unidos se verá, indudablemente, una asociación.

He encontrado en América ciertas asociaciones, de las cuales confieso que ni aun siquiera tenía idea, y muchas veces he admirado el arte prodigioso con que los habitantes de los Estados Unidos vienen á fijar un fin común á los esfuerzos de un gran número de hombres y á hacerlos marchar hacia él libremente. He recorrido después á Inglaterra, de donde los americanos han tomado algunas de sus leyes y muchos de sus usos, y me ha parecido que estaban muy lejos de hacer un empleo tan útil y tan constante de la asociación.

Sucede muchas veces, que los ingleses ejecutan aisladamente muy grandes cosas, mientras que apenas hay empresa, por pequeña que sea, para la cual no se unan los americanos. Es evidente que los primeros consideran la sociedad como un medio poderoso de acción, al paso que los otros ven en ella el único con que pueden obrar. Así, el país más democrático de la tierra, se encuentra ser aquél en que los hombres han perfeccionado más el arte de seguir en común el objeto de sus deseos y han aplicado al mayor número de objetos esta nueva ciencia.

¿Se debe este resultado á un accidente, ó consiste tal vez en que hay una relación necesaria entre las asociaciones y la igualdad? Las sociedades aristocráticas encierran siempre en su seno, en medio de una multitud de individuos que no pueden nada por sí mismos, un pequeño número de ciudadanos muy ricos y muy poderosos, y cada uno de éstos puede ejecutar por sí solo grandes empresas.

En las sociedades aristocráticas, los hombres no necesitan juntarse para obrar, porque se conservan fuertemente unidos. Cada ciudadano rico y poderoso forma allí como la cabeza de una asociación permanente y forzada que se compone de los que tiene en su dependencia y que hace concurrir á la ejecución de sus designios.

En los pueblos democráticos, por el contrario, todos los ciudadanos son independientes y débiles; nada, casi, son por sí mismos, y ninguno de ellos puede obligar á sus semejantes á prestarle ayuda, de modo que caerían todos en la impotencia si no aprendiesen á ayudarse libremente.

Si los hombres que viven en los países democráticos no tuviesen el derecho ni el gusto para unirse con fines políticos, su independencia correría grandes riesgos; pero podrían conservar por largo tiempo sus riquezas y sus luces, mientras que si no adquiriesen la costumbre de asociarse en la vida ordinaria, la civilización misma estaría en peligro. Un pueblo en que los particulares perdiesen el poder de hacer aisladamente grandes cosas, sin adquirir la facultad de producirlas en común, volvería bien pronto á la barbarie.

Desgraciadamente, el mismo estado social que hace las asociaciones tan necesarias en los pueblos democráticos, las vuelve más difíciles que en todos los otros.

Cuando muchos miembros de una aristocracia quieren asociarse, lo consiguen fácilmente, pues como cada uno de ellos contribuye con una gran fuerza, el número de socios puede ser muy pequeño y entonces les es más fácil conocerse, comprenderse y establecer reglas fijas.

No se encuentra la misma facilidad en las naciones democráticas; allí es preciso que sean muy numerosos los asociados para que la asociación tenga algún poder. Sé que hay muchos de mis contemporáneos á quienes esto no detiene, pues pretenden que á medida que los ciudadanos se vuelven más débiles y más ineptos, es preciso hacer al gobierno más activo y más hábil, para que la sociedad ejecute lo que no pueden los individuos; creen que diciendo esto han respondido á todo, pero yo pienso que se equivocan.

Un gobierno podría ocupar el lugar de algunas de las más grandes asociaciones americanas, y en el seno de la Unión, muchos Estados particulares lo han defendido.

Pero ¿qué poder político sería nunca capaz de bastar á la multitud de empresas pequeñas que los ciudadanos americanos ejecutan todos los días con ayuda de la asociación?

Es fácil prever que se acerca el tiempo en que el hombre será incapaz de producir por sí sólo las cosas más comunes y más necesarias para la vida. La tarea del poder social crecerá incesantemente y sus mismos esfuerzos la harán más basta cada día, porque mientras más entre él por el camino de las asociaciones, los particulares, perdiendo la idea de asociarse, tendrán mayor necesidad de que aquéllos vengan en su ayuda. Estas son causas y

efectos que se producen sin cesar. ¿La administración pública acabará por dirigir todas las industrias á que no puede bastar un ciudadano aislado? Y si por fin llega un momento en que, por la extrema división de los bienes raíces, se encuentre la tierra repartida á lo infinito, de modo que no pueda cultivarse sino por asociaciones de labradores ¿será preciso que el jefe del gobierno abandone la dirección del Estado para dirigir el arado?

La ética y la inteligencia de un pueblo no correrían menos riesgo que sus negocios y su industria, si el gobierno viniese á tomar parte en todas las asociaciones.

Las ideas y los sentimientos no se renuevan, el corazón no se engrandece ni el espíritu humano se desarrolla, sino por la acción recíproca de unos hombres sobre los otros.

He hecho ver que esta acción es casi nula en los países democráticos y que es preciso crearla artificialmente; esto es lo que las asociaciones solas pueden hacer.

Cuando los miembros de una aristocracia adoptan una idea nueva ó conciben un sentimiento nuevo, lo colocan en cierto modo á su lado en el gran teatro en que ellos mismos se hallan, y exponiéndolo así á la vista de la multitud, lo introducen con facilidad en el espíritu ó en el corazón de todos aquellos que los rodean.

En los países democráticos sólo el poder social se halla naturalmente en estado de obrar así; pero es fácil conocer que su acción es siempre insuficiente y muchas veces peligrosa.

Un gobierno no puede bastar á conservar y á renovar por sí sólo la circulación de los sentimientos y de las ideas en un gran pueblo, así como no podría conducir todas las empresas industriales. Desde que él pretendiese salir de la esfera política, para lanzarse en esta nueva vía, ejercería, sin quererlo una, tiranía insostenible; pues un gobierno no sabe más que dictar reglas precisas, impone los sentimientos é ideas que él favorece, y con dificultad se pueden distinguir sus órdenes, de sus consejos.

Todavía será peor si él se cree realmente interesado en que nada se altere, pues entonces permanecerá inmóvil y entorpecido por un sueño voluntario.

Es, pues, indispensable, que un gobierno no obre por sí solo. Las asociaciones son las que en los pueblos democráticos deben

ocupar el lugar de los particulares poderosos que la igualdad de las condiciones han hecho desaparecer.

Tan pronto como varios habitantes de los Estados Unidos conciben un sentimiento ó una idea que quieren presentar en el mundo, se buscan con instancia y así que se encuentran se unen. Desde entonces ya no son hombres aislados, sino un poder que se ve de lejos, cuyas acciones sirven de ejemplo, que habla y que se le escucha.

La primera vez que oí decir en los Estados Unidos que cien mil hombres se habían públicamente comprometido á no hacer uso de licores fuertes, la cosa me pareció más ridícula que sería, y al principio no veía por qué estos ciudadanos tan sobrios, no se contentaban con beber agua en el seno de sus familias, y al fin pude comprender que estos cien mil americanos, horrorizados del progreso que hacía alrededor suyo la embriaguez, habían querido favorecer la sobriedad, obrando precisamente como un gran señor que se vistiera con muchísima sencillez á fin de inspirar á los ciudadanos el desprecio del lujo. Si estos cien mil hombres hubieran vivido en Francia, cada uno se habría dirigido al gobierno suplicándole vigilase las tabernas en toda la superficie del reino. No hay nada, en mi concepto, que merezca más nuestra atención que las asociaciones morales é intelectuales de América. Las asociaciones políticas é industriales de los americanos se conciben fácilmente; pero las otras se nos ocultan, y si las descubrimos, las comprendemos mal, porque nunca hemos visto nada semejante. Se debe reconocer, sin embargo, que ellas son tan necesarias al pueblo americano como las primeras y aún quizá más.

En los países democráticos, la ciencia de las asociaciones es la ciencia madre, y el progreso de todas las demás depende del de ésta.

Entre las leyes que rigen las sociedades humanas, hay una que parece más precisa y más clara que todas las demás. Para que los hombres permanezcan civilizados ó lleguen á serlo, es necesario que el arte de asociarse se desarrolle entre ellos, y se perfeccione á proporción que la igualdad de las condiciones se aumenta.

CAPÍTULO VI

De la relación que existe entre las asociaciones y los periódicos.

No estando los hombres ligados entre sí de un modo sólido y permanente, no puede lograrse que un gran número obre en común, á no ser que se le persuade á cada uno de aquellos cuyo concurso es necesario, que su interés particular les obliga á unir sus esfuerzos á los de todos los otros.

Esto no se puede hacer habitual y cómodamente, sino con la ayuda de un diario, y sólo él puede depositar á la vez en mil espíritus el mismo pensamiento.

Un diario es un consejero á quien no hay necesidad de ir á buscar, porque se presenta todos los días por sí mismo y habla brevemente del negocio común, sin distraer de los negocios particulares. Los periódicos se hacen más necesarios á medida que los hombres son más iguales y que es más de temer el individualismo. Sería disminuir su importancia el pensar que no sirven sino para garantizar la libertad, cuando sostienen y conservan igualmente la civilización.

No negaré que en los países democráticos los diarios conducen frecuentemente á los ciudadanos á hacer, en común, empresas inconsideradas; pero, si no existiesen éstos, apenas habría acción común; así, pues, el mal que producen es infinitamente menor que el que remedian. Un diario, no solamente tiene por objeto sujerir á un gran número de hombres el mismo designio, sino que también les suministra los medios de ejecutar en común los que habrían concebido por sí solos.

Los ciudadanos principales que habitan un país aristocrático se descubren desde lejos, y si quieren reunir sus esfuerzos marchan los unos hacia los otros arrastrando consigo una multitud.

En los países democráticos sucede muchas veces lo contrario; un gran número de hombres que tienen el deseo ó la necesidad de asociarse, no puede hacerlo, porque siendo todos muy pequeños y estando perdidos en la multitud, no se ven ni saben en dónde encontrarse. Aparece un periódico, que expone á los ojos del público el sentimiento ó la idea que se había presentado simultáneamente, pero en separación, á cada uno de ellos; entonces todos se dirigen hacia esta luz, y aquellos espíritus vacilantes que se buscaban hacía largo tiempo en las tinieblas, se encuentran al fin y se reúnen.

Los papeles públicos, después de haberlos reunido, continúan siéndoles necesarios para mantenerlos juntos.

Para que en un pueblo democrático tenga una asociación algún poder, es necesario que sea numerosa, y como los que la componen están ordinariamente diseminados en un grande espacio y cada uno de ellos tiene que permanecer en el lugar que habita, sea por la mediocridad de su fortuna ó por la multitud de pequeños cuidados que ella exige, les es indispensable hallar un medio de hablarse todos los días, sin verse, y marchar de acuerdo, sin estar reunidos. Por lo tanto no hay asociación alguna democrática que no tenga necesidad de un periódico.

Entre las asociaciones y los periódicos existe, pues, una relación necesaria; los periódicos hacen las asociaciones y las asociaciones hacen los periódicos, y si es cierto, como se ha dicho, que las asociaciones deben multiplicarse á medida que las condiciones se igualan, no lo es menos que el número de periódicos crece á medida que las asociaciones se multiplican.

Por esto, pues, América es el país del mundo en que se encuentran á la vez más asociaciones y más periódicos.

Esta relación entre el número de los periódicos y el de las asociaciones, nos conduce á descubrir otra, entre el estado de la prensa periódica y la forma de la administración del país, y nos enseña que el número de periódicos de un pueblo democrático debe disminuir ó crecer, á medida que la centralización administrativa es más ó menos grande, porque en los pueblos democráticos no puede confiarse, como en los aristocráticos, el ejercicio de los poderes

locales á los principales ciudadanos, y es preciso abolir estos poderes ó extender su uso á un gran número de hombres. Éstos forman una verdadera asociación, establecida por la ley, de un modo permanente, para la administración de una parte del territorio, y tienen necesidad de que un diario venga á buscarlos cada día en medio de sus quehaceres, y les diga en qué estado se encuentran los asuntos públicos. Mientras más numerosos son los poderes locales, mayor es el número de los que la ley llama á ejercerlos, y tanto más se multiplican los diarios cuanto esta necesidad se hace sentir á cada instante.

La división infinita del poder administrativo, más que la gran libertad política y la independencia absoluta de la prensa, es lo que multiplica tan singularmente el número de los diarios en América. Si todos los habitantes de la Unión fueran electores, bajo un sistema que limitase su derecho electoral á la elección de los legisladores del Estado, no necesitarían sino de un pequeño número de diarios, porque no tendrían sino algunas ocasiones muy raras, aunque muy importantes, de obrar juntos; pero en el interior de la gran asociación nacional, la ley ha establecido en cada provincia, en cada ciudad, y, por decirlo así, en cada pueblo, pequeñas asociaciones que tienen por objeto la administración local; de esta manera el legislador ha obligado á cada americano á concurrir diariamente, con algunos de sus conciudadanos, á una obra común, y todos necesitan, por consecuencia, un diario que les diga lo que hacen los demás.

Creo que un pueblo democrático (1) que no tuviese representación nacional, sino un gran número de pequeños poderes locales concluiría por poseer más diarios que otro cuya administración centralizada existiera al lado de una legislatura electiva. Lo que mejor explica el desarrollo prodigioso que ha tomado la prensa periódica en los Estados Unidos, es que la más grande libertad

(1) Digo un *pueblo democrático*. La administración puede estar muy descentralizada en un pueblo aristocrático, sin que se haga sentir la necesidad de los diarios, porque los poderes locales se hallan entonces en manos de un corto número de hombres que obran aisladamente, se conocen y pueden con facilidad verse y entenderse.

nacional se combina entre los americanos con las libertades locales de toda especie.

Se cree generalmente en Francia y en Inglaterra que basta abolir los impuestos de la prensa para aumentar indefinidamente los periódicos; esta opinión exagera demasiado los efectos de una reforma semejante. Los diarios no se multiplican solamente porque sean baratos, sino según la necesidad más ó menos frecuente que tiene un gran número de hombres de comunicarse y de obrar en común.

Yo atribuiría también el poder creciente de los diarios á razones más generales de las que se alegan frecuentemente para explicarla. Un diario no puede subsistir sino á condición de reproducir una doctrina ó un sentimiento común á un gran número de hombres: él representa siempre una asociación cuyos miembros son sus lectores habituales.

Esta asociación puede ser más ó menos definida, más ó menos estrecha, más ó menos numerosa; pero siempre existe su germen en los espíritus, puesto que el periódico no muere.

De aquí nace otra reflexión que terminará este capítulo. Cuanto más iguales se hacen las condiciones, tanto más débiles son los hombres individualmente, con tanta más facilidad se dejan arrastrar por la corriente de la multitud y más trabajo les cuesta mantenerse solos en una opinión que ella abandona.

El diario representa la asociación y puede decirse que habla á cada uno de sus lectores en nombre de todos los demás; los arrastra con tanta más facilidad cuanto más débiles son individualmente.

El imperio de los diarios debe, pues, crecer á medida que los hombres se igualan.

CAPÍTULO VII

De la relación que existe entre las asociaciones civiles y las políticas.

No hay sino una nación en el mundo en donde se use cada día de la libertad ilimitada de asociarse con miras políticas. Esta misma nación es la única en que los ciudadanos han imaginado hacer un continuo uso del derecho de asociación en la vida civil y conseguido procurarse, por este medio, todos los bienes que la civilización puede ofrecer.

En todos los pueblos en que se prohíbe la asociación política, la asociación civil es rara, y no es probable que esto sea el resultado de un accidente, sino más bien se debe deducir que existe una relación natural y quizá necesaria, entre estas dos especies de asociaciones. La casualidad conduce muchas veces á ciertos hombres á tener un interés común en un negocio particular.

Ocurre, por ejemplo, dirigir una empresa comercial ó concluir una operación industrial, entonces se encuentran y se reúnen y de este modo se familiarizan poco á poco con la asociación.

Mientras más crece el número de estos negocios comunes, más fácilmente adquieren los hombres, aun sin saberlo, la facultad de seguir en común los grandes. Así, pues, las asociaciones civiles facilitan las asociaciones políticas y, por otra parte, la asociación política desarrolla y perfecciona singularmente la asociación civil.

En la vida civil cada hombre puede, en rigor, suponer que se haya en estado de bastarse á sí mismo; pero en política no puede

jamás imaginárselo. Cuando un pueblo tiene una vida pública, la idea de la asociación y el deseo de asociarse se presentan cada día al espíritu de todos los ciudadanos y por más repugnancia natural que los hombres tengan á obrar en común, estarán siempre prontos á hacerlo por el interés de un partido. Así la política generaliza el gusto y el hábito de la asociación, forma el deseo de unirse y enseña el arte de verificarlo, á una multitud de hombres que de otra suerte habrían vivido solos.

La política, no solamente hace nacer muchas asociaciones, sino que también las crea muy vastas. En la vida civil es muy raro que un mismo interés atraiga hacia una acción común á un gran número de hombres; esto no puede conseguirse sino con mucho arte; pero en política la ocasión se ofrece por sí misma á cada instante, pues sólo en las grandes asociaciones se manifiesta el valor general de la asociación. Los ciudadanos, individualmente débiles, no forman de antemano una idea clara de la fuerza que pueden adquirir uniéndose, y es preciso que se les haga ver para que lo comprendan. De aquí viene que es más fácil muchas veces reunir para un fin común una multitud, que algunos hombres: mil ciudadanos pueden tal vez no ver el interés que tienen en reunirse, pero diez mil lo descubren. En política, los hombres se unen para grandes empresas, y el partido que sacan de la asociación en los negocios importantes, les enseña, de un modo práctico, el interés que tienen en ayudarse en los menores.

Una asociación política saca á la vez una multitud de individuos fuera de sí mismos; por muy separados que se hallen naturalmente por la edad, por el talento ó por la fortuna, los acerca y los pone en contacto, y una vez encontrados y conocidos, aprenden á hallarse siempre.

No se puede entrar en la mayor parte de las asociaciones civiles, sin exponer una parte del patrimonio, y esto sucede en todas las compañías industriales y comerciales. Cuando los hombres están todavía poco versados en el arte de asociarse é ignoran las principales reglas, temen al hacerlo por primera vez, pagar muy cara su experiencia, y prefieren más bien privarse de un medio poderoso de buen éxito que correr los riesgos que le acompañan; vacilan menos en tomar parte en las asociaciones políticas, que les parecen sin peligro porque no corre riesgo su dinero. Ellos no

pueden formar parte de estas asociaciones por largo tiempo, sin descubrir de qué manera se mantiene el orden entre un gran número de hombres y por qué medio se obtiene hacerlos marchar de acuerdo y metódicamente hacia el mismo fin; aprenden entonces á someter su voluntad á la de todos los otros y á subordinar sus esfuerzos particulares á la acción común, cosas que es indispensable saber tanto en las asociaciones civiles, como en las políticas.

Las asociaciones políticas pueden considerarse como grandes escuelas gratuitas, adonde todos los ciudadanos van á aprender la teoría general de las asociaciones.

Aun cuando la asociación política no sirviese directamente al progreso de la asociación civil, se impediría el desarrollo de ésta, destruyendo la primera.

Cuando los ciudadanos no pueden asociarse sino en ciertos casos, miran la asociación como un procedimiento raro y singular y se cuidan bien poco de pensar en ella; pero cuando se les deja asociar en todas las cosas libremente, acaban por ver en la asociación el medio universal y, por decirlo así, el único de que pueden servirse los hombres para lograr los diversos fines que se proponen, y cada nueva necesidad despierta al momento esta idea. El arte de la asociación se hace entonces, como ya antes he dicho, la ciencia madre, y todos la estudian y la aplican.

Cuando ciertas asociaciones son prohibidas y otras permitidas, es difícil distinguir con anticipación las primeras de las segundas. En la duda, se abstienen de todas, y se establece una especie de opinión pública que tiende á hacer considerar una asociación cualquiera como una empresa atrevida y casi ilícita (1).

Es una quimera creer que el espíritu de asociación, comprimido

(1) Esto es principalmente cierto, cuando el Poder ejecutivo es el encargado de permitir ó de prohibir las asociaciones, según su voluntad arbitraria.

Cuando la ley se limita á prohibir ciertas asociaciones y deja á los tribunales el cuidado de castigar á los que no la obedezcan, el mal es mucho menos grande, todos los ciudadanos saben entonces, poco más ó menos lo mismo, á qué atenerse en adelante. Se juzgan en cierto modo como pudieran juzgarles los jueces y esto les hace apartarse de las sociedades prohibidas y darse á las autorizadas. Así es como todos los pueblos libres han comprendido siempre, que pueda

do en un punto, se desarrollará en otros con la misma fuerza y que bastará permitir á los hombres ejecutar en común ciertas empresas, para que se apresuren á aventurarlas. Luego que los ciudadanos tengan la facultad y el hábito de asociarse para todas las cosas, lo harán con gusto para las pequeñas como para las grandes; pero si no pueden asociarse sino para las primeras, no tendrán el gusto ni la capacidad de hacerlo, y en vano se les dejará entera libertad para ocuparse en común de sus negocios, pues no usarán sino con negligencia de los derechos que se les conceda y después de agotar los esfuerzos para separarlos de las asociaciones prohibidas, se verá, con sorpresa, que no se puede persuadirles á formar asociaciones permitidas.

No digo, pues, que no pueda haber asociaciones civiles en un país en que es prohibida la asociación política, porque al fin los hombres no pueden vivir en sociedad sin entregarse á una empresa común. Pero sostengo que en un país semejante las asociaciones civiles serán siempre en corto número, concebidas con flojedad, conducidas sin habilidad, no abrazando nunca vastos desig- nios ó frustrándose al empezar á ejecutarlos.

Esto me conduce naturalmente á pensar que la libertad de asociarse en materias políticas no es tan peligrosa á la tranquilidad pública como se la supone, y que podría suceder que después de haber conmovido al Estado por algún tiempo, viniese al fin á asegurarlo.

En los países democráticos, las asociaciones políticas forman, por decirlo así, los únicos poderes particulares que aspiran á dirigir el Estado. Por esto, los gobiernos de nuestros días consideran esta especie de asociaciones, como los reyes de la Edad Media re-

ser restringido el derecho de asociación. Pero si en vez de esto, el legislador encarga á un hombre de discernir cuáles asociaciones se deben tener por peligrosas y cuáles son útiles, y le deja en libertad de destruirlas todas en su origen ó de dejarlas nacer, el espíritu de asociación sería enteramente descuidado, porque nadie podría prever en qué caso es permitido asociarse y en cuál no. La primera de estas dos leyes no ataca sino ciertas asociaciones; la segunda se dirige á la sociedad misma y la hiere. Creo que un gobierno regular puede recurrir á la primera, pero no reconozco en ninguno el derecho de sostener la segunda.

putaban á los grandes vasallos de la corona; sintiendo hacia ellos una especie de horror como por instinto, y combatiéndolos en todas las ocasiones; pero respecto á las asociaciones civiles tienen, al contrario, una benevolencia natural; pues han descubierto fácilmente que éstas, en vez de dirigir el espíritu de los ciudadanos hacia los negocios públicos, sirve para distraerlos, y comprometiéndolos más y más en proyectos que no pueden realizar sin el socorro de la paz pública, los apartan de las revoluciones. Mas no advierten que las asociaciones políticas multiplican y facilitan prodigiosamente las asociaciones civiles, y que al evitar un mal peligroso, se privan de un remedio eficaz. Cuando se ve á los americanos asociarse libremente cada día con el objeto de hacer prevalecer una opinión política, de elevar un hombre de Estado al gobierno ó de quitar el poder á otro, apenas se puede comprender que hombres tan independientes no caigan á cada instante en la licencia y el desorden.

Si, por otro lado, se viene á considerar el número infinito de empresas industriales que se siguen en común en los Estados Unidos, y se ve por todas partes á los americanos trabajando sin descanso en la ejecución de algún proyecto importante y difícil que la menor revolución podría perturbar, se concebirá con facilidad por qué estas gentes no intentan trastornar el Estado ni destruir el reposo público de que ellos mismos se aprovechan.

No es bastante, en mi concepto, concebir estas cosas sin describir el nudo que las une; es menester penetrar en el seno mismo de las asociaciones políticas en que los americanos de todos los estados, de todas las edades y de todos los talentos, toman cada día el gusto general por la asociación y se familiarizan con su empleo. Allí se ven en gran número, se hablan, se entienden y se animan en común para toda suerte de empresas, trasladando en seguida á la vida civil las nociones que han adquirido, para emplearlas en mil usos.

Gozando así los americanos de una peligrosa libertad, aprenden á hacer menos grandes estos mismos peligros. Si se escogiera un cierto momento en la vida de una nación, sería fácil probar que las asociaciones políticas turban el Estado y paralizan la industria; pero tomando enteramente la existencia de un pueblo, es fácil demostrar que la libertad de asociación en materia política

es favorable al bienestar y aun á la tranquilidad de los ciudadanos.

He dicho, en la primera parte de esta obra, «que la libertad ilimitada de asociarse no puede confundirse con la libertad de escribir; la una es á la vez menos necesaria que la otra». Una nación puede poner á aquélla ciertos límites sin dejar de ser dueña de sí misma, y debe hacerlo algunas veces si quiere gobernarse. Y después añadía: «No se puede negar que la libertad ilimitada de asociación en materia política es, de todas las libertades, la última que un pueblo puede sostener, pues si ella no le hace caer en la anarquía, le obliga, á lo menos, por decirlo así, á tocarla á cada instante».

No creo que una nación pueda tener siempre la libertad de dejar á los ciudadanos el derecho absoluto de asociarse en asuntos políticos, y aun pienso que en ningún país y en ninguna época sería prudente dejar sin límites la libertad de asociación.

Se dice que un pueblo no podría mantener la tranquilidad en su seno, inspirar respeto á las leyes ni fundar un gobierno estable, sin encerrar en límites muy estrechos el derecho de asociación. Semejantes bienes son preciosos sin duda, y yo concibo que para adquirirlos ó conservarlos debe consentir una nación en imponerse momentáneamente grandes sacrificios; pero todavía conviene que sepa con precisión lo que le cuestan estos bienes.

Comprendo que para salvar la vida de un hombre se le corte un brazo: pero no quiero que se me diga que va á quedar tan diestro como si no estuviese manco.

CAPÍTULO VIII

De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interés bien entendido.

Cuando el mundo era conducido por un pequeño número de individuos ricos y poderosos, tenían éstos el gusto de formarse una idea sublime de los deberes del hombre, y se complacían en reconocer que es glorioso olvidarse de sí y hacer el bien sin interés, como Dios mismo. Tal era la doctrina oficial de este tiempo en materia de moral.

Dudo que los hombres fuesen más virtuosos en los siglos aristocráticos que en los otros; mas es cierto que en ellos se hablaba incesantemente de la belleza y de las virtudes y no se estudiaba sino en secreto, por qué lado eran útiles. Pero á medida que la imaginación se eleva menos y que cada uno se reconcentra en sí mismo, los moralistas se espantan con esta idea de sacrificio y no se atreven á ofrecerla al espíritu humano; se reducen, pues, á averiguar si la ventaja individual de los ciudadanos consiste en trabajar en la felicidad de todos, y cuando descubren uno de esos puntos en que el interés particular viene á encontrarse con el general y á confundirse, se apresuran á darlo á conocer, y poco á poco las observaciones semejantes se multiplican. Lo que no era más que una observación aislada se hace una doctrina general y se cree, en fin, descubrir que al servir el hombre á sus semejantes se sirve á sí mismo y que su interés particular es el de hacer el bien.

He demostrado varias veces en esta obra que los americanos saben casi siempre combinar su propio interés con el de sus con-